



J. TABLADO

EL

FLORILEGIO

PQ7297
.T3
F5



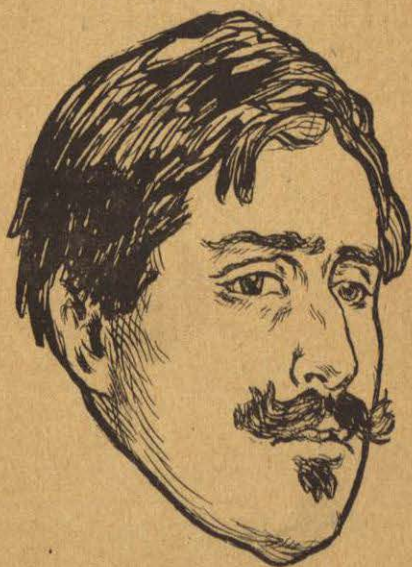
1020028384

EL FLORILEGIO

Arca



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



J.R. 1903

J. J. TABLADA

El Florilegio

SONETOS DE LA HIEDRA
POEMAS EXÓTICOS — GOTAS DE SANGRE
POEMAS — PLATERESCAS
MUSA JAPÓNICA — DEDICATORIAS
HOSTIAS NEGRAS



LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET
PARIS | MÉXICO
23, Rue Visconti, 23 | 14, Cinco de Mayo 14,

1904

Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme á la ley.

100632

32438

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

RQ7297

T3

F5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



PARA UN LIBRO DE TABLADA

Después de *Lascas*, de *Poemas Rústicos*, de *Lira Heroica* y de *Ingenuas* ; poesías de José Juan Tablada ! La república literaria mexicana puede estar satisfecha.

Cuando José Juan Tablada lanzó á la publicidad sus primeras estrofas, los cultivadores de letras en México volvieron con extrañeza los ojos al flamante poeta ; éste no venía de Quintana, ni de Espronceda, ni de Becquer, ni las manos con que pulsaba la lira mostraban las huellas de la palmeta de Gómez Herмосilla. Su métrica disonaba á las empedernidas orejas de los rimadores preceptistas, y su inspiración no se compadecía con las fuentes en que acostumbraban abrevarse ellos, fuentes bien exhaustas, por cierto, agotadas, mejor dicho, en la vulgaridad. No había conocido á Ramírez ni á Altamirano. Salía de sus lecturas y de su propio espíritu, íntegro, pulido y brillantado á la Teophile Gautier y amargado con la

estética amargura del ajeno de Baudelaire y otros poetas franceses posteriores á Víctor Hugo. Soplaban en sus versos nuevas brisas sobre viejos airones y enseñas medioevales. ¡Oh, excelso poeta de la barba florida! Había en ellos áureos reflejos, reminiscencias de arcaica civilización nipona, que producíanse como se abre un hermoso abanico ó se desdobra un biombo oriental, y resurrecciones de los bellos tiempos en que por los salones de Versalles bailaban el minueto damas *pompadour* con caballeros crujientes de seda sobre altos tacones enrojecidos con la sangre derramada en las orillas del Rhin. Ah! cuánto ha amado á Edmundo y Julio de Goncourt!

Dice así :

« Fui un paladín para mi rubia amada!
La siguió como un paje mi deseo;
Dejé á sus pies mi juvenil espada,
Y mi pasión, rendida y desmayada,
En la corte de Amor y en el torneo. »

« La luna brilla en el piclago
Azul; pero ella ha mirado
Revolotear un murciélago
Como un crespón agitado.
Y, sintiendo mortal frío,
Ve desplegarse Satsuna
El ala vellosa y bruna
Como abanico sombrío
Sobre la faz de la luna.

Los lirios del Tokaïdo

En los tibores se secan
Y mientras que los perfumes
En el pebetero humean,
Extendido bajo el ala
De una gigante Quimera
El Daimio le pide al opio
Consuelos á su tristeza. »

«... En vano un lirio del vaso regio
Prendió en las blondas de su corsé.....
Leyó los versos de un florilegio,
Y al clavicordio tocó el minué.
Nada ha calmado su torva fiebre,
Ni el paje negro, ni el fiero haleón,
Ni la diadema dondó el orfebre
Grabó los lises de su blasón. »

Misa Negra fué, sin duda, en aquel entonces, una de las poesías de Tablada menos del gusto público. Su epígrafe, ¡*Emen Hetan! Cri des stryges au sabbat*, no era para contentar espíritus meticulosos. Pero el poeta siguió su labor, la ha continuado; y con José Asunción Silva, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, etc., etc., en la América del Sur, y Balbino Dávalos, Amado Nervo, Díaz Mirón, en México, ha escrito gloriosamente su nombre en la historia de la nueva literatura americana, tan fustigada entiempos en España y hoy imitada por jóvenes poetas de gran vuelo en la península española misma. Sin embargo, en la cuestión métrica no ha sido Tablada tan voluntarioso — con buena voluntad artística, digo — como Silva, Darío ó Nervo; pero á pesar de su sobriedad él inició entre

nosotros esa feliz evolución estética en la que desacostumbrado el numen á mirar la Naturaleza como una decoración teatral simplemente, le empuja á contemplarla, viva y palpitante, dentro y fuera de nosotros, encadenando desde el astro que se refleja en nuestras pupilas hasta la toxina que envenena nuestras venas ó la recia roca que lastima nuestras plantas en la efímera vida de la tierra.

No reproches, no desdenes, para los antecesores poetas mexicanos : El verso paladín de Fernando Calderón, el brioso de Rodríguez Galván, el místico de Carpio, el solemne de Ramírez, menos inspirado que sabio; el regional y cristalino de Altamirano, el amargo de Acuña, el exquisito de Cuenca, el rotundo como cúpula florentina de Justo Sierra, el bronceado de Othón, el poliforme airoso del Duque Job, el grácil, de piel de seda, de Urbina, obra son de poetas que han visto la Belleza frente por frente y han grabado viva la emoción, para siempre, en las páginas del Arte. Nunca he creído á Sor Juana poeta autóctono. ¡Está tan dentro de su siglo español! y no obstante, antójaseme que están más cerca de su estro los nuevos que los anteriores poetas hispano-mexicanos.

Escribía un fecundo escritor jalisciense, muy poco amigo de las novedades que preñaban los versos de Tablada y de sus compañeros : *la asonada (no revolución) que han llevado á cabo es benéfica, y tiene que traer algunos excelentes resultados*; afirmando después que *han inventado combinaciones nuevas de verso en*

que predomina el ritornello y la repetición simétrica y esa labor mucho ha de servir para enriquecer el acervo común de la lengua. Esto en labios de un opositor entonces cruel de la nueva tendencia lírica da la importancia del progreso realizado en las bellas letras y aquilata la obra iniciada por el poeta de que me ocupo en estas breves líneas.

Bien dijo Urbina hablando del primer libro de Tablada : *Tablada introdujo entre nosotros, el nuevo estremecimiento de Baudelaire; y de sus viajes al alma enferma y hosca de Huysmans trajo el recuerdo de esas infernales y negras ceremonias. Cuando nos da á comulgar sus « Hostias Negras » experimentamos una sensación de malestar complicada de voluptuosidad y de regocijo: en la obscuridad del templo enlutado, la tentación roza nuestros labios con sus alas velludas.*

Hay una poesía de Tablada que especialmente cita Urbina : *El Onix*. Con efecto, difícilmente se hallará en un poeta un grito más hondo y doloroso del alma del siglo XIX y más artísticamente consignado.

Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
Saber qué obscuro advenimiento espera
El anhelo infinito de mi alma,
Si de mi vida en la tediosa calma
No hay un dios, ni un amor, ni una bandera !

Los que alcanzamos á vivir el último tercio de la última centuria sentimos con toda intensidad ese profundo desencanto de todo. Defraudadas las espe-

ranzas de la revolución, lo mismo en los días del gran Imperio, que en 1830 y 1848 en Francia y 1868 en España, disipadas las nieblas del filosofismo ante las diarias conquistas de la observación y de la experiencia, que así iban ensanchando la esfera de luz como la de tinieblas que la envuelve y crece al par de aquélla, apagadas, una á una, pero por el mismo soplo frío, todas las antorchas de la fe, se sentía el vacío en el alma no templada aún por la Ciencia. ¡La Ciencia! Quisose hacer de ella un nuevo mito con que sustituir los que habían sido derribados de sus pedestales; algo más, una mágica llave para penetrar en el sellado misterio de las causas primeras y los fines últimos, y la impotencia cortaba allí las alas al pensamiento y estrangulaba todo impulso másculo. Nada más pavorosamente exacto que *El Onix* de Tablada.

No hay un dios, ni un amor, ni una bandera!

El egoísmo lo invade todo y el hombre no ha reflexionado en que el egoísmo es, muchas veces, una forma de altruismo para la especie. Hoy la ciencia, circunscrita á sus límites propios, abre en los umbrales del siglo XX nuevos horizontes á la humanidad. Tiéndese al bien por el Bien mismo y olvidando causas primeras ó finales — antros de dioses y fanatismos — seguro el hombre de sus conquistas científicas, labora en la obra de la civilización, satisfecho de lo magno de ella, refugiando sabiamente su emotividad en el seno de la Belleza, en tanto se realiza, en el tiempo y en el espacio, el sueño de Nietzsche: el *Superhombre*.

Parece increíble que actualmente subleve todavía muchos espíritus el que al estudiar un fenómeno artístico quiera encuadrarse en el medio científico y filosófico en que se ha producido, encerrándose así esas almas apocadas en el ridículo error del divorcio que suponen que existe entre el Arte y la Ciencia. Pues bien, sí: el intelecto no se traduce sino bajo el concepto adquirido de los fenómenos naturales que nos rodean, cuyo estudio es objeto de la Ciencia; y la imaginación — la loca de la casa, lo dijo Cervantes — sufre la influencia de la Naturaleza tal como ha sido informada de ella por los conocimientos del momento. El autor sólo pone su sello propio á la obra, siendo ésta, sin darse cuenta él mismo, producto de las ideas, preocupaciones ó supersticiones de su tiempo. El *Balzac* de Rodin, piedra de escándalo en nuestra dilecta Francia, es la concepción más grandiosa del genio del gran escritor no desprendido por completo, como su obra, del bloque primitivo.

A su primer volumen ha agregado el autor numerosas y bellísimas poesías posteriores, entre ellas deleitará al lector *Del Amor y de la Muerte*, de lo más hermoso que se haya producido últimamente en México en materia de literatura. No es, pues, esta una segunda edición de *El Florilegio*, sino un libro casi nuevo, enriquecido como va abundantísimamente. En Tablada no se sabe qué admirar más, al poeta ó al escritor; y cuando se leen sus correspondencias del *País del Sol* dirigidas desde el Japón á la *Revista Moderna*, suspende

el ánimo por la tersura y fulguración de su estilo, nutrido, terso y vibrante, con movimientos de músculo antiguo. Es un gran poeta, es un gran prosista y es en todo y sobre todo un artista cuyo espíritu parece disponer de órganos suyos especiales para percibir nitidamente hasta las más vagas y remotas armonías de la suma Belleza. Pronto el público conocerá su *Viaje al País del Sol* que ya está en prensa.

Este libros es, podemos decirlo, la obra de primera juventud de Tablada. Ya ha comenzado á dejar de ser el hosco malqueriente de la vida, encastillado en sus ansias prematuras de gloria y de grandeza. Su figura ya no se destaca en la sombra con rayos satánicos en los ojos y el pecho estrujado por iras injustas. La reflexión cae sobre su cabeza como un rocío. Sus labios ríen con la buena risa. Sus miradas se bañan, en medio de su fulguración de obsidiana, en lágrimas limpias; y el amor ha penetrado en su corazón y en su hogar envuelto en la nube blanca y tenue del velo de una nueva vida. ¿Qué no podemos esperar de este singular inspirado cuya personalidad se hizo única desde sus primeros versos?

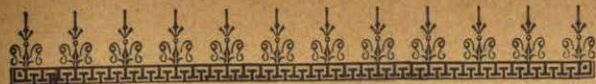
Pero ¿estaré haciendo contigo, lector amigo, lo que conmigo hacía un mi conocido, deteniéndome en el vestíbulo del Teatro cuando cantó por primera vez la Patti en México, para demostrarme que era superior á Adelina nuestra Peralta, obligándome á perder frecuentemente todo el primer acto? No, sin duda, no te detendré más frente á la arquitectura preciosa de

los versos de José Juan, clavada en la cima excelsa, cabe el tupido bosque que trepa afanoso por los flancos del monte. Penetra y perdóname, que te sirvo humildemente de puente levadizo. Él lo ha querido. Estás en el palacio encantado.

JESÚS E. VALENZUELA.

México, 1903.





DIÁLOGO INICIAL

— Este libro es una jaula,
Este libro es una lápida,
Este libro es una lámpara!

— Algo tiene de la fiera.....
Algo tiene de la huesa.....
Algo tiene de la estrella...

— Este libro es una vid,
Es un vaso de marfil,
Es un astro en el zenit !

— Brota sangre de las uvas.....
Hay cenizas en las urnas.....
Hay estrellas que se nublan.....

— Aquí una lámpara irradia,
En esta jaula hay una águila,
Aquí descansa una lápida !

— Oh flamas en la penumbra !
Oh huracanes en las plumas !
Oh gusanos en las tumbas !



Sonetos de la Hiedra.